

ADVIENTO
NAVIDAD
2021

Hijo de la *promesa*

La alegría que los cristianos tenemos en Navidad proviene del regalo de Dios a la humanidad. En *Hijo de la promesa* vemos una vez más cómo Dios no escatimó nada para rescatarnos y hacernos suyos. Anunciado siglos antes, el nacimiento de Jesús marca la llegada de Dios en la carne, nacido de una virgen, enviado para salvarnos de nuestros pecados ... a ti y a mí.



CRISTO PARA TODAS
LAS NACIONES

660 Mason Ridge Center Drive, St. Louis, MO 63141-8557
1-800-972-5442 • www.paraelcamino.com/adviento • www.lhm.org

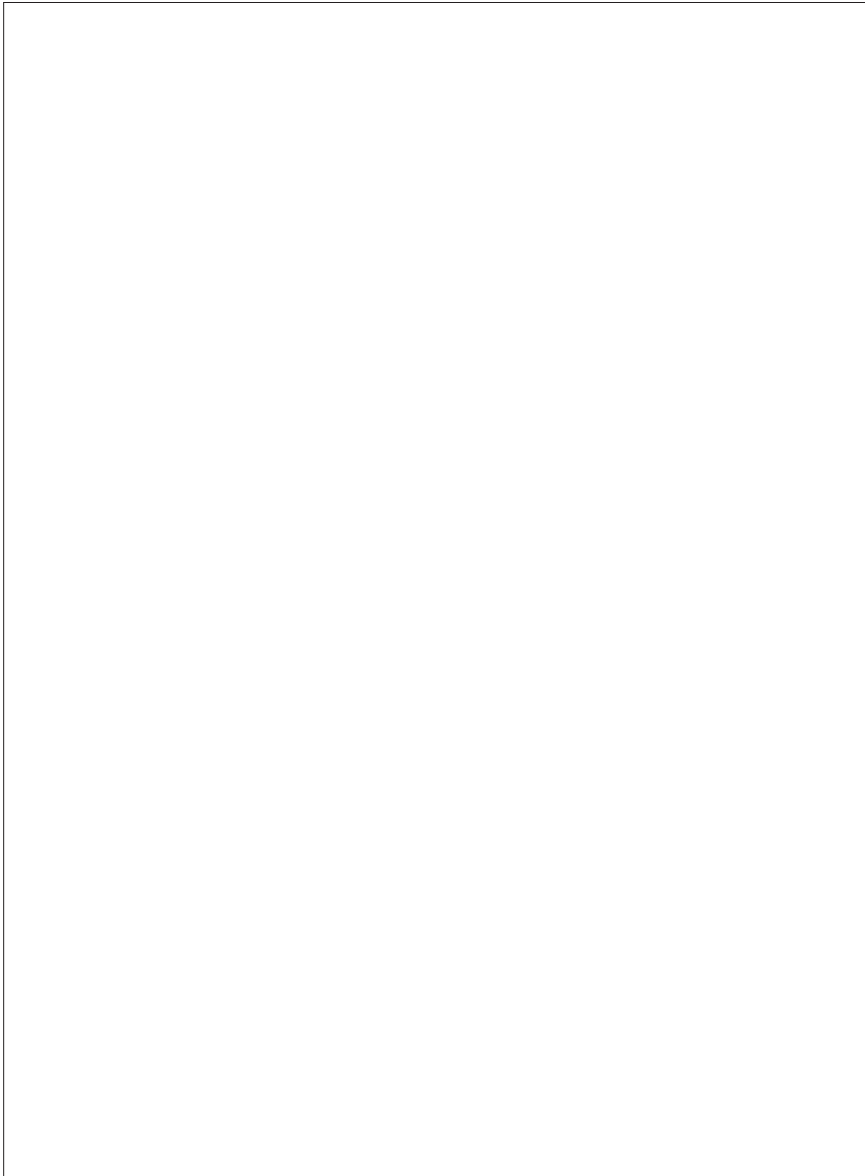
ADVIENTO
NAVIDAD
2021



Hijo de la *promesa*



CRISTO PARA
TODAS
LAS NACIONES
www.paraelcamino.com



Escritas por la Dra. Kari Vo. Para imprimir más copias de este devocional, ir a www.paraelcamino.com/adviento

Los textos bíblicos han sido tomados de La Santa Biblia-Versión Reina Valera Contemporánea, Copyright © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

© 2021 Cristo Para Todas Las Naciones

Cristo Para Todas Las Naciones (CPTLN) es un ministerio cristiano que apoya a las iglesias de todo el mundo a *Llevar a Cristo a las Naciones y las Naciones a la Iglesia.*

Creciendo

Después de cumplir con todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Nazaret, que era su ciudad en Galilea. El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría, y la gracia de Dios reposaba en él... Y Jesús siguió creciendo en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y con los hombres. (Lucas 2:39-40, 52)

Finalmente todo terminó. Todo el viaje, todos los milagros, todo el asombro, el terror, la confusión y la sorpresa. Ahora estaban en casa, a salvo, en Nazaret. Allí no iba a pasar nada demasiado emocionante, nada más allá de las cosas comunes y corrientes como un nacimiento, un casamiento, una muerte, algo de tristeza y algo de alegría. Jesús tendría como treinta años cuando dejó ese lugar tranquilo.

Y eso es bueno, porque necesitamos tiempos de tranquilidad y paz, tiempos para crecer, tiempos para volvernos fuertes. Necesitamos momentos para aprender sabiduría y acercarnos a Dios. Jesús tuvo eso. Y hoy, él también nos da esos tiempos a nosotros.

Tal vez en este momento te encuentres en tiempos tranquilos y en un lugar apacible. O tal vez estés en un lugar de confusión y tu vida esté conmocionada. De cualquier manera, Jesús está contigo. Él dio su vida por ti y no te dejará ahora. Que Dios te bendiga siempre, apoyándote en tu crecimiento en Jesús, el Salvador que Dios prometió, el Señor que tenemos para siempre.

Querido Padre, ¡gracias por tu Hijo Jesús! Mantenme contigo para siempre. Amén.

Para reflexionar

- ¿Estás en un momento tranquilo o en un momento de cambio?
- ¿Cómo te sientes donde te encuentras ahora?
- ¿Cómo te ha ayudado Dios en momentos similares en el pasado?

¿Simple?

Principio del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios. (Marcos 1:1)

Marcos comienza su narración de manera muy simple: "... el Evangelio", es decir, la "Buena Noticia" de Jesús el Cristo, es decir, el Mesías, aquél a quien Dios había prometido enviar cientos de años atrás para salvarnos a todos. ¿Quién es ese Jesús? Ese Jesús es el Hijo de Dios, es Dios mismo hecho hombre en un pequeño bebé acostado en un pesebre, en un hombre colgado de una cruz. Quizás no sea tan simple después de todo.

O tal vez lo sea. Porque todo esto se reduce a una sola cosa: amor. Dios, el Dios que hizo el universo y todo lo que hay en él, decidió sumergirse en el lío, los problemas y la rutina de nuestra vida diaria. Dios descendió del cielo al vientre de una joven y se convirtió en uno de nosotros.

Hay muchas formas de demostrar amor, incluso a distancia. Bien pudo Dios haber enviado un ángel. O podría haber derramado sus bendiciones sobre nosotros desde muy lejos. Incluso podría haberse quedado con los profetas a los que ya estábamos acostumbrados. Sin embargo, vino él mismo.

Y porque Jesús vino, todo es diferente. Porque este es el comienzo del Evangelio, el comienzo de la Buena Noticia para mí, para ti y para todos, que es eterna.

Señor Jesús, gracias porque en ti tenemos un nuevo comienzo. Amén.

Para reflexionar

- ¿En qué situaciones deseas un nuevo comienzo?
- Cuéntanos de una ocasión en la que tú mismo fuiste a ayudar a alguien.
- ¿Por qué crees que Jesús se llama a sí mismo el Alfa y la Omega, el principio y el fin (ver Apocalipsis 1:8)?

Un cuento para antes de dormir

Dios el Señor dijo entonces a la serpiente: “Yo pondré enemistad entre la mujer y tú, y entre su descendencia y tu descendencia; ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón.” (Génesis 3: 14a-15)

Esta debe haber sido una de las historias favoritas de los hijos y nietos de Adán y Eva antes de dormir: tenía un buen comienzo, una parte trágica y algo emocionante que esperar al final.

La historia tuvo un comienzo feliz: Dios hizo a las personas buenas y les dio un jardín maravilloso para vivir. Luego vinieron los problemas. Apareció el villano de la historia y tentó a Adán y a Eva para que se volvieran contra Dios. Como resultado la muerte, los problemas y el sufrimiento llegaron al mundo. ¡Qué terrible!

Pero entonces, y esta debe haber sido la parte favorita de ellos, Dios salvó la situación prometiendo un héroe que vendría a rescatarnos a todos. Este héroe sería un ser humano como ellos, ¡pero lucharía contra el antiguo enemigo y ganaría! Le costaría caro y sufriría mucho; pero, al final, salvaría a toda la humanidad.

En este punto, esos primeros niños habrían tenido que irse a dormir. No sabían más que eso. Pero nosotros sabemos más, conocemos el nombre del héroe: Jesucristo, nuestro Salvador, aquel que nació de una mujer, así como nacemos nosotros. Jesús nació para acabar con el poder del diablo y derrotarlo a costa de su propio sufrimiento y muerte. Y sabemos también la mejor parte de esta historia: que Jesús ha resucitado y está vivo para siempre, triunfando sobre la muerte. Y como le pertenecemos a él, también nosotros somos victoriosos.

Señor, gracias por ser el héroe que necesitábamos para salvarnos de la muerte y el mal. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuál es tu historia favorita para antes de dormir o alrededor de un fogón?
- ¿Por qué te gusta tanto?
- ¿Qué partes de la historia de Jesús son tus favoritas y por qué?

Sabiduría

Después de que murió Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y regresa a Israel, porque los que querían matar al niño han muerto ya.” Entonces José se levantó y llevó al niño y a su madre de regreso a Israel. Cuando supo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo temor de ir allá, pero en sueños fue advertido y se dirigió a la región de Galilea. (Mateo 2:19-22)

¿Cómo podemos saber lo que Dios quiere que hagamos cuando no está escrito en la Biblia? Por ejemplo, ¿debería aceptar ese trabajo, comprar esa casa, casarme con esa persona? Muchas personas esperan que Dios les hable claramente.

Sabemos que Dios les habló a los profetas con claridad y, por supuesto, Jesús les habló a sus discípulos y a las multitudes. Pero incluso entonces, rara vez las respuestas de Jesús eran simples y completas. Por lo general, las personas todavía tenían que discernir.

Piensa en la historia de José. Herodes había muerto, pero su hijo Arquelao, cruel y peligroso, era rey de Judea. ¿Debería José llevar a su familia de regreso a Judea, el último lugar donde habían vivido? Su sentido común le decía que no. Poco después, Dios confirmó esa decisión en un sueño. Entonces la familia fue a Galilea, donde Jesús podría crecer sin amenazas por su vida.

Tú también puedes estar enfrentando una decisión importante. Cuando oras y lees la Biblia, no olvides usar la sabiduría que Dios te ha dado, como también la sabiduría de tus amigos cristianos. Ese también es un buen regalo de Dios que nos llega a través de nuestro Salvador Jesús. “Cristo es poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24b).

Señor, renueva mi mente para que pueda tomar decisiones de acuerdo a tu dirección para mi vida. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te resulta fácil o difícil tomar decisiones?
- Si pudieras hacerle una pregunta a Dios y obtener una respuesta clara, ¿cuál sería?
- Comparte una historia sobre un momento en que pediste la ayuda de Dios para tomar una decisión.

La última palabra

Cuando Herodes vio que los sabios lo habían engañado se enojó mucho y, calculando el tiempo indicado por los sabios, mandó matar a todos los niños menores de dos años que vivían en Belén y en sus alrededores. (Mateo 2:16)

Esta es la parte de la historia de Navidad de la que no nos gusta hablar, la parte en la que varias docenas de bebés inocentes son asesinados. Y lo peor es que su muerte está estrechamente relacionada con el nacimiento de Jesús. Lo mejor del mundo, la venida de Jesús, desencadena una reacción que conduce a una masacre.

Por supuesto que no fue culpa de Jesús; un rey malvado eligió cometer los asesinatos, no Jesús. Sin embargo, es extraño leer cómo Dios rescató a su propio Hijo de la matanza y dejó morir a los otros bebés. ¿No es injusto? ¿No es intolerable? El bien y el mal tan entrelazados no es tolerable para nadie. Dios mismo no puede soportarlo. Y es por eso que vino a este mundo en la primera Navidad, para poner fin a estos horrores y rescatarnos a todos.

Si lo piensas bien, la verdad es que Herodes se salió con la suya. Ninguno de los bebés escapó de la muerte, ni siquiera Jesús, aunque su muerte tardó un poco más. Treinta años más tarde otro Herodes, el hijo de este Herodes, entregaría al “Rey de los judíos” a la muerte en una cruz romana. El último bebé nacido en Belén durante el reinado de su padre, caería en sus manos.

Aun así, Herodes no tuvo la última palabra. Tres días después, Jesús resucitó de entre los muertos para no volver a morir jamás. Y Jesús trajo consigo ese mismo regalo de vida y luz para dárselo a todos los que le pertenecen: a mí, a ti, a los bebés que murieron por él en Belén. Herodes no tiene la última palabra, Jesús sí.

Señor, ayúdame a mirar más allá de los horrores de este mundo, y contemplar tu misericordia y liberación. Amén.

Para reflexionar

- ¿Por qué crees que Dios permitió que se registrara esta horrible historia?
- ¿Qué haces cuando los horrores de este mundo son demasiado para ti?
- ¿Cómo te ayuda Jesús en esos momentos?

Cambio de planes

Pero el Señor le había dicho a Abrán: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Yo haré de ti una nación grande. Te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan; y en ti serán benditas todas las familias de la tierra”. Y Abrán se fue, tal y como el Señor le dijo, y Lot se fue con él. (Génesis 12:1-4a)

Me pregunto qué pensaba Abrán de su vida antes de que Dios lo llamara. Tenía unos setenta años y estaba casado, pero sin hijos. Esa fue la única gran tristeza de su vida. Sin embargo, él y su esposa vivían entre parientes, por lo que no estaban completamente solos, y probablemente estaban bastante bien económicamente. Seguramente el resto de su vida sería predecible: lo mismo de siempre hasta que les llegara la muerte.

Pero entonces Dios le dijo que fuera donde Él lo mandaba, dejando a sus parientes, su casa y todo lo conocido, prometiéndole que Él haría algo asombroso en su vida y que, gracias a él y a su familia, todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Los planes que Abrán tenía se esfumaron. A partir de ese momento, Abrán nunca sabría de un año para otro dónde viviría o qué cosas le sucederían. Pero conocía la promesa inquebrantable de Dios: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Hechos 3:25b).

Jesús vendría de la familia de Abrán, y Dios bendeciría a todas las personas a través de su nacimiento, sufrimiento, muerte y resurrección. El plan de Dios era atraer a todas las familias del mundo a su propia familia, a través de Jesús nuestro Salvador.

Padre, gracias por hacer un plan para hacerme tu hijo a través de Jesús. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué piensas cuando las cosas no van como las tenías planeadas?
- ¿Cuál fue tu reacción cuando un plan que tenías cambió inesperadamente?
- Cuando no sabes lo que te depara el futuro, ¿cómo encuentras consuelo en Dios?

Descendiente de Abrahán

Tu descendencia será como el polvo de la tierra, y te esparcirás hacia el occidente y el oriente, hacia el norte y el sur. En ti y en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra. (Génesis 28:14)

Sabemos que Jesús es la descendencia prometida de Abrahán, ahora conocido como Abrahán. Él es aquel de quien Dios dijo que sería de bendición para todas las familias de la tierra. Pero ¿qué significa ser descendiente de Abrahán?

En primer lugar, significa ser descendiente de un hombre que, según toda lógica, nunca iba a tener hijos. Significa también que es un milagro nacido por la promesa de Dios, una bendición inesperada, ¡un niño que podría crecer para hacer cualquier cosa! Algo maravilloso y extraño. Jesús es todo eso.

Pero significa más. Significa ser el descendiente de un hombre de fe, un hombre que dejó todo y arriesgó todo solo porque Dios se lo dijo, y que vivió para ver al menos algunas de las promesas más locas de Dios hechas realidad. Jesús también hizo eso. Después de todo, él es aquel que bajó del cielo para convertirse en hombre. ¿Por qué? Porque Dios Padre se lo pidió.

Y significa todavía más. Significa ser la bendición que pondrá fin a la antigua maldición sobre toda la humanidad y que nos sacará del poder de la muerte y las tinieblas. Significa ser aquel que “quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio” (2 Timoteo 1:10b) mediante su propia vida, muerte y resurrección.

Gracias a Jesús, todas las familias de la tierra tienen la oportunidad de ser la familia de Dios, de nacer del Espíritu Santo, de convertirse en la descendencia de Dios. Jesús mismo nos dice que Abrahán vio su venida y se alegró (ver Juan 8:56). ¡Nosotros también nos alegramos!

Amado Padre, gracias por tu Hijo Jesús, quien nos hace tus hijos. Amén.

Para reflexionar

- ¿En qué aspectos eres como tu familia o tus antepasados?
- Como descendiente de Abrahán, Jesús está relacionado con toda la raza humana. ¿Qué significa para ti saber que Jesús es tu pariente?
- ¿Por qué crees que Dios quería que Jesús fuera un pariente tuyo y no un extraño?

Responsabilidades

Después de que los sabios partieron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te diga, porque Herodes buscará al niño para matarlo.” Cuando él despertó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, y se quedó allá hasta la muerte de Herodes. (Mateo 2:13-15a)

Me sorprende la confianza que Dios depositó en José. Cuando la vida de Jesús se ve amenazada, Dios no le manda al rey Herodes un ataque al corazón, ni lleva a Jesús a un lugar seguro en un torbellino. Más bien, habla con José, el padre terrenal de Jesús y le confía el cuidado de su propio Hijo.

Y José obedece. Como creyente, José hace lo que Dios le dice. Como padre, José hace todo lo que está a su alcance para mantener a salvo a su pequeña familia. No espera elogios por ello. Simplemente lo hace.

Esto también es cierto para nosotros. Todos tenemos responsabilidades que Dios nos ha dado en nuestras familias, en nuestras comunidades o iglesias, en el trabajo, en la escuela. Lo que hacemos puede parecer pequeño, ordinario, es lo que haría cualquier persona decente. Pero Dios lo usa para bien, incluso más allá de lo que nos imaginamos.

¿No es sorprendente que Dios haya bajado del cielo a la tierra para convertirse en hombre, carpintero, maestro itinerante y sanador? Lo más probable es que de ese taller de Nazaret nunca hayan salido mesas mal hechas. Lo que Jesús hizo, lo hizo en obediencia y con todo su amor, ya sea sanando enfermos o salvando a todas las personas del mundo a través de su muerte y resurrección. Y ahora él nos confía su obra en el mundo.

Señor Jesús, muéstrame lo que quieres que haga y ayúdame a hacerlo bien con la ayuda de tu Espíritu. Amén.

Para reflexionar

- Nombra una responsabilidad que Dios te ha confiado.
- ¿Alguna vez has sentido que tu trabajo no importaba?
- ¿Recuerdas a alguien que al cumplir con su responsabilidad, por más pequeña que haya sido, marcó una diferencia en tu vida?

En el camino correcto

Después de escuchar al rey, los sabios se fueron. La estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se regocijaron mucho. (Mateo 2:9-10)

La situación de los sabios no era fácil. Habían visto la estrella y viajado con alegría a la corte del rey en Jerusalén, probablemente esperando conocer al nuevo “rey de los judíos” entre los hijos o nietos de Herodes. En cambio, fueron recibidos por un maniaco homicida que quería usarlos como espías para poder localizar al niño Rey y matarlo. ¡Eso no era lo que esperaban! Deben haberse perturbado mucho.

Ahora los sabios se dirigen inesperadamente a Belén. ¿Estarán en el camino correcto? ¡Qué contentos deben haber estado al ver a su vieja amiga, la estrella! Ella les confirmó que estaban en el camino correcto. Quizás por eso no vacilaron cuando encontraron al niño en una casa en lugar de en un palacio.

Hay momentos en la vida en los que las cosas comienzan con mucho brillo, solo para dar un giro terrible que nos lleva a cuestionar si de alguna manera hemos caído fuera de la voluntad de Dios. Pero no. Dios todavía nos cuida, nos guía, nos sostiene, incluso cuando suceden cosas malas, sea nuestra culpa o no. A través de la vida, muerte y resurrección de Jesús, Dios nos ha hecho sus hijos. No nos dejará caer, incluso cuando el mundo que nos rodea se vuelva oscuro. Él nos guiará a través de los valles de sombra a su vida eterna.

Señor, cuando no sepa qué hacer o adónde ir, guíame y sostenme. Amén.

Para reflexionar

- Cuenta un momento en el que estabas perdido, o pensaste que lo estabas.
- Cuando te sientes confundido y perdido, ¿qué haces para sentirte mejor?
- ¿Cuándo ha sido Jesús una luz en medio de tu oscuridad?

Una casa propia

Yo te prometo que te haré descansar de tus enemigos, y te aseguro que tendrás muchos descendientes. Cuando te llegue el momento de ir a descansar con tus padres, yo elegiré a uno de tus propios hijos y afirmaré su reinado. Será él quien me edifique un templo, y afirmaré su trono para siempre. Yo seré un padre para él, y él me será un hijo... Tus descendientes vivirán seguros y afirmaré tu trono, el cual permanecerá para siempre. (2 Samuel 7:11b-14a, 16)

El rey David amaba al Señor. Por eso, el mayor deseo de su corazón era hacer algo para mostrar ese amor. Sabía que desde los días de Moisés, cientos de años atrás, la casa de Dios había sido una tienda ambulante ¡aunque él mismo vivía en un palacio! Esto no le pareció correcto, así que quiso construirle a Dios un templo magnífico.

¡Pero se llevó una sorpresa! Dios envió al profeta Natán para decirle: “Olvídate de construirme una casa. ¡Te voy a construir una casa que durará para siempre!”

Por supuesto que Dios no estaba hablando de un edificio. Estaba haciendo un juego de palabras. “Casa” también significa “familia” o “descendientes”. Dios le dio a David el gran deseo de su corazón: que uno de sus hijos se sentara en el trono de Israel para siempre. Dios nunca rechazaría a la familia de David como lo había hecho con el rey Saúl.

Dios estaba hablando de Jesús, el descendiente de David. Jesús no nacería en un palacio, sino en un establo. Él reinaría desde una cruz, no desde un trono de marfil. Y su corona estaría hecha de espinas.

Pero a través de la muerte y resurrección de Jesús, David y todos los creyentes tenemos un hogar para siempre con el Señor. Nunca seremos rechazados ni desechados. Jesús es nuestra casa, nuestro hogar donde él vive y reina por siempre.

Señor, tú eres mi Rey y mi gozo. Gracias por hacerme tuyo para siempre. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuántas veces te has mudado de casa?
- Si tuvieras que elegir una vivienda permanente, ¿dónde sería?
- ¿De qué manera se ha convertido Jesús en tu hogar?

La promesa oculta

Pues ahora el Señor mismo les dará una señal: La joven concebirá, y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel. (Isaías 7:14)

Conocemos mejor este versículo como una profecía del nacimiento de Jesús, pero ¿alguna vez has escuchado de dónde vino? Durante una guerra contra Judá, al rey Ajaz le preocupaba ser vencido. Entonces Dios le dijo al profeta Isaías que fuera a hablar con él y le dijera que no tuviera miedo. ¡Incluso se ofreció a hacer un milagro para que el rey pudiera verlo y estar seguro de que no iba a perder esta guerra!

Pero el rey dijo que no estaba interesado en ver milagros. ¿Puedes creerlo? (Ajaz era uno de los antepasados reales de Jesús, pero era un rey malvado y no tenía ningún interés en seguir al Señor.)

De más está decir que eso no hizo feliz a Dios. Entonces, Dios mismo escogió el milagro y lo anunció a través de Isaías: una joven (una doncella, una virgen) daría a luz un hijo.

El mensaje superficial para el rey era simple: una joven tendría un bebé, y antes de que el niño tuviera la edad suficiente para comer alimentos sólidos y tomar sus propias decisiones, los enemigos de Judá se habrían ido. No tomaría mucho tiempo.

El rey Ajaz ignoró la promesa y siguió por su mal camino. Pero escondida en esa promesa superficial había una más profunda para nosotros: la promesa de Jesús, un niño mucho más grande que nacería no solo de una mujer joven, sino de una virgen. Y él sería Emanuel, “Dios con nosotros”. Él nos salvaría de enemigos mucho mayores que los que enfrentó Ajaz. A través de su vida, muerte y resurrección, Jesús nos salvaría del poder de la muerte y el infierno. ¡Mira cuánto nos ama Dios!

Padre, gracias por darnos esta doble promesa, y por darnos a tu Hijo. Amén.

Para reflexionar

- ¿Has conocido a alguien que despreció algo maravilloso, como lo hizo Ajaz?
- ¿Alguna vez alguien te prometió algo bueno y lo cumplió?
- ¿Por qué crees que Dios a veces tiene promesas escondidas?

Oscuridad y luz

Jesús nació en Belén de Judea en los tiempos del rey Herodes. En aquel tiempo, unos sabios que venían desde el oriente llegaron a Jerusalén y preguntaron: “¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el oriente, y venimos a adorarlo.” Cuando el rey Herodes oyó esto se turbó, y toda Jerusalén con él. Luego, Herodes ... los envió a Belén, y les dijo: “Vayan y averigüen con sumo cuidado acerca del niño, y cuando lo encuentren, avísenme, para que yo también vaya a adorarlo”. (Mateo 2:1-3, 7ª, 8)

¡Qué mentira tan obvia! Herodes era un rey cruel y paranoico que mandó a matar a su propia esposa e hijos porque pensaba que eran una amenaza para él. Y ahora dice: “Avísame cuando encuentren al niño, para que yo también pueda ir y adorarlo”. Nadie iba creer eso.

Los sabios no eran tontos, probablemente trabajaban para sus reyes en su país de origen. Así es que no dijeron nada que contradijera al rey Herodes, sino salieron sanos y salvos de Jerusalén ... para no volver nunca más. Dios se aseguró de ello advirtiéndoles en un sueño.

Está claro que Jesús nació en el mismo mundo oscuro que tenemos hoy, un mundo que no es seguro y donde el mal destruye vidas humanas. Amós dice: “¡Vivimos en tiempos tan corruptos, que la gente prudente prefiere callar!” (Amós 5: 13). Pero Dios no nos ha abandonado. Él ha venido a rescatarnos, haciendo brillar su luz en los rincones más oscuros de nuestro mundo.

Jesús dio su vida para que esto sucediera, y luego resucitó de entre los muertos. La muerte y el mal no pudieron apagar su luz. Tampoco pueden destruirnos a nosotros, porque el Espíritu Santo nos ha atraído a la luz de Jesús y nos ha hecho hijos de luz mediante la fe en él (ver 1 Tesalonicenses 5:5).

Señor, manténnos en tu luz y ayúdanos a luchar contra los poderes de las tinieblas. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuál fue la mentira más grande que alguien te haya dicho?
- ¿Qué haces cuando te enfrentas al mal?
- ¿Cuándo has visto a Jesús traer luz a una situación oscura?

Bendición y advertencia

Simeón los bendijo y a María, la madre del niño, le dijo: “Tu hijo ha venido para que muchos en Israel caigan o se levanten. Será una señal que muchos rechazarán y que pondrá de manifiesto el pensamiento de muchos corazones, aunque a ti te traspasará el alma como una espada.” (Lucas 2:34-35)

Simeón bendice a la joven familia, pero luego les hace una advertencia: la vida de este Niño no será pacífica. Dios alterará la situación actual. Lo alto caerá, los humildes se levantarán y Jesús será rechazado, incluso hasta el momento de su muerte. Y finalmente, se “pondrá de manifiesto el pensamiento de muchos corazones”.

¿Qué es esto? ¿Por qué querría Dios alterar las cosas? ¿No podemos simplemente progresar pacíficamente y sin dolor y ver que la raza humana mejora lentamente en todos los sentidos?

Aparentemente no. Y no debería sorprendernos, ya que vivimos en un mundo fracturado. Hay muchos males que no mejoran a menos que primero haya más dolor. Un apéndice infectado tiene que ser operado, no hay otra opción que la cirugía. Una relación rota necesita honestidad y franqueza si alguna vez va a mejorar. La corrupción en la política debe ser expuesta antes de que pueda ser limpiada.

Pero el objetivo final es siempre la curación, la vida, la alegría, la paz. Jesús viene a este mundo no solo para alterarlo, sino para arreglarlo. Si nos humilla, nos volverá a levantar. Si sufrimos, sabemos que él nos resucitará, así como él también sufrió y resucitó de entre los muertos. A través de Jesús, Dios reveló los pensamientos de su corazón: amor y misericordia para nosotros.

Señor, sostenme mientras espero que redimas el mundo. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te gusta el cambio o prefieres la paz? ¿Por qué?
- Cuenta de una ocasión en que algo tuvo que ser alterado o roto antes de ser reparado.
- ¿Cuándo has visto a Jesús tomar tu vida quebrantada y hacer algo hermoso con ella?

¿Sobre sus hombros?

Porque un niño nos ha nacido, ¡un hijo nos ha sido concedido! Sobre sus hombros llevará el principado, y su nombre será “Consejero admirable”, “Dios fuerte”, “Padre Eterno” y “Príncipe de paz”. La extensión de su imperio y la paz en él no tendrán límite. (Isaías 9:6-7a)

Las palabras de Isaías suenan realmente extrañas. Refiriéndose a Jesús recién nacido, un bebé tan pequeño acostado en un pesebre, de repente Isaías dice: “Sobre sus hombros llevará el principado.” ¿Qué? ¿Se pondrá el gobierno al hombro? ¿Cómo pueden esos diminutos hombros cargar con semejante peso? ¿Y qué quiere decir Isaías con “principado”?

“La extensión de su imperio y la paz en él no tendrán límite...” (v 7a). Parece que cuando Isaías dice “principado”, no se refiere a la burocracia en la que nosotros solemos pensar. Más bien se refiere a la acción de gobernar, lo que llamamos “estar a cargo”, “ocuparse de las cosas” o “asegurarse de que todo se haga decentemente y en orden”. Ese es el gobierno que llevarán los hombros de Jesús. Él hará la obra de un buen pastor, de un administrador, de un rey, de Dios.

Ese trabajo nos incluye a todos, con nuestros pecados, nuestros problemas y nuestras aflicciones; con todas esas cosas que necesitan ser corregidas. Solo los hombros de Dios son lo suficientemente fuertes para eso y por eso es que Jesús puede llevarlo: porque él es Dios y también hombre. Gracias a que nos ama, Jesús llevará ese peso con alegría hasta la cruz y más allá.

Señor, gracias por llevar el peso de nuestro cuidado ahora y para siempre. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez has estado a cargo de muchas responsabilidades?
- ¿Qué tan pesado fue cargar con el peso del “gobierno” que hiciste?
- ¿De qué manera ves a Jesús gobernando tu vida?

El retoño de un árbol

Una vara saldrá del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces. (Isaías 11:1)

En el patio de la casa de mi abuela crecía un hermoso árbol de orquídeas. Cada Pascua se cargaba de flores de color púrpura, lila y magenta que flotaban en el aire hasta aterrizar en la hierba. Me encantaba ese árbol. Pero después que mis abuelos se mudaron, el nuevo dueño lo cortó. ¡Me dio mucha tristeza!

De algo parecido habla Dios aquí cuando menciona el tronco de Isaí. Isaí era el padre del rey David y del linaje real de Judá, que había perdido el poder cuando los babilonios se llevaron a todos cautivos. El linaje real ya no era un árbol hermoso: era un tronco, un árbol muerto, talado por sus enemigos.

Pero a veces, si se espera lo suficiente, el tronco brota de nuevo porque las raíces todavía están vivas bajo tierra y el agua las puede hacer crecer. En unos años, el árbol vuelve a estar como antes: alto, verde, fructífero.

¿Qué pasa con la familia del rey David, el linaje que Dios dijo que siempre se sentaría en el trono del pueblo de Dios? ¿Se fue para siempre? No. Cuando los judíos regresaron del exilio, los antepasados de Jesús estaban entre ellos. Ya no eran reales. Pronto se convirtieron en pastores, artesanos, comerciantes, personas comunes y corrientes. Pero nunca olvidaron la promesa de Dios. Y, al final, nació Jesús.

Jesús es ese hermoso retoño verde que sale de lo que parece un tronco muerto no solo para la familia de David, sino para toda la raza humana, para todos nosotros arruinados por el pecado y bajo el poder de la muerte. Jesús es nuestra esperanza y salvación. Él es nuestro dador de vida. Al llevar sobre sí mismo nuestra muerte, nos dio nueva vida a todos los que confiamos en él. Viviremos de nuevo, para siempre, en Dios.

Señor Jesús, gracias por ser nuestra esperanza y nuestra vida. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez has visto a un tronco volver a la vida?
- ¿Cómo encuentras esperanza en medio del dolor?
- ¿Cuándo has visto a Dios traer nueva vida a algo que pensabas que estaba muerto?

El Hijo de la promesa

En Jerusalén vivía un hombre justo y piadoso, llamado Simeón... Simeón fue al templo, guiado por el Espíritu. Y cuando los padres del niño Jesús lo llevaron al templo ... él tomó al niño en sus brazos y bendijo a Dios ... También estaba allí Ana. En ese mismo instante Ana se presentó, y dio gracias a Dios y habló del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. (Lucas 2: 25a, 27a, 28a, 36a, 38)

Simeón y Ana habían estado esperando durante muchos años la venida del Salvador. Sabían lo que Dios había prometido en su Palabra. Sabían que, aunque llevaban una vida humilde en un país conquistado, Dios no los había olvidado. Dios cumpliría su promesa, sin importar cuán imposible pareciera. Y así continuaron esperando.

Ese día Simeón vio a Jesús y lo tomó en sus brazos. Ana vino lo más rápido que pudo para compartir la alegría. Dios finalmente estaba allí, nació entre su pueblo, y nuestro rescate estaba en marcha.

Lo más probable es que Simeón y Ana murieran antes de ver la obra de Jesús terminada. No estaban allí para verlo clavado en una cruz, para escucharlo gritar: “¡Consumado es!” No estaban allí para ver la tumba vacía el domingo ni para escuchar que los llamaba por sus nombres, de repente, increíblemente, vivo de nuevo, lleno de gozo, vida y amor.

Pero Simeón y Ana no necesitaban estar allí pues tenían las promesas verdaderas de Dios. Nosotros también tenemos esas promesas, y por eso sabemos que porque Jesús dio su vida por nosotros, nuestros pecados son perdonados y él nos hace hijos de Dios. Sabemos que nos resucitará de entre los muertos, así como él resucitó y vivirá para siempre. Sabemos que Dios hará esto por todos los que confían en Jesús, porque “todo el que invoque el nombre del Señor será salvo” (Romanos 10:13).

Padre, gracias por enviar a tu Hijo de acuerdo con tus buenas promesas. Amén.

Para reflexionar

- ¿Conoces a alguien que siempre cumple sus promesas?
- De todas las promesas de Dios ¿cuál es tu favorita?
- ¿En qué momento has encontrado esperanza en las promesas de Dios?

Bajo la ley

Cuando se cumplieron los ocho días para que el niño fuera circuncidado, le pusieron por nombre JESÚS ... Y cuando se cumplieron los días para que, según la ley de Moisés, ellos fueran purificados, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo ante el Señor ... y para ofrecer un sacrificio en cumplimiento de la ley del Señor, que pide “un par de tórtolas, o dos palominos”. (Lucas 2: 21a, 22, 24)

El 1 de enero es la Fiesta de la Circuncisión. Marca el día en que Jesús cumplió ocho días, cuando todos los niños judíos tenían que ser circuncidados. A partir de ese momento, Jesús estaría bajo la ley de Moisés.

Cuando Jesús tenía cuarenta días, su familia tenía que cumplir más requisitos de la ley: María tenía que ofrecer un sacrificio en el templo después del parto y Jesús, como hijo primogénito, también tenía que ser presentado a Dios en el templo. Esto significó un viaje a Jerusalén, a unos diez kilómetros de distancia.

Nosotros también estamos sujetos a la ley, los Diez Mandamientos, el conocimiento básico del bien y el mal, pero, sobre todo a este mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Marcos 12:30). Fallamos en estas cosas todo el tiempo. Sabemos que la ley es buena, pero nosotros no somos buenos, estamos quebrantados, y la ley nos lo prueba una y otra vez. Necesitamos ayuda. Necesitamos un Salvador.

Jesús conoce nuestra difícil situación. Vino a hacer lo que nosotros nunca podríamos hacer: cumplir la ley de Dios a la perfección y luego librarnos de toda la culpa, la vergüenza y la muerte que nos habíamos provocado. Es como si Jesús nos dijera: “Yo soy tuyo y tú eres mío. Tu muerte se ha convertido en mi muerte y mi resurrección será tu vida. Porque confías en mí eres perdonado y estás seguro y libre para siempre”.

Señor, gracias por tomar mi lugar y liberarme. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez has intentado vivir un solo día a la perfección?
- Si es así, ¿qué pasó? Si no es así, ¿qué esperas que suceda?
- ¿Cómo te ayuda Jesús cuando sientes que eres un fracaso?

Cosas pequeñas

Tú, Belén Efrata, eres pequeña para estar entre las familias de Judá; pero de ti me saldrá el que será Señor en Israel. Sus orígenes se remontan al principio mismo, a los días de la eternidad. (Miqueas 5:2)

¿Has notado que Dios tiende a elegir cosas pequeñas para cumplir su propósito? Elige a un hombre sin hijos para engendrar una nación, elige a un pastorcito para que se convierta en rey y elige una pequeña aldea cerca de Jerusalén para convertirse en el lugar de nacimiento de su Hijo Jesús.

Si hubieran tenido oportunidad, los habitantes de Jerusalén se habrían quejado a Dios por eso. Después de todo, ellos tenían la gran ciudad, el templo, los palacios; de ellos eran los sacerdotes, los reyes y los soldados. ¿Qué ofrecía la pequeña Belén?

No mucho. Lo único que Belén tenía para ofrecer era a sí misma: su gente humilde, su historia simple. Eso era justo lo que Dios quería: traer a su Hijo Jesús, nuestro Salvador, a un lugar simple y humilde. Nadie podría reclamar crédito por él. Nadie podría decir: “Por supuesto, nació rico; tuvo los mejores maestros; creció en un palacio”. Jesús no tuvo ninguno de esos privilegios. Lo que tuvo, venía solo de Dios.

¿Qué tuvo? Tuvo a las personas simples de Dios: tú, yo, los pastores, las familias locales. Tuvo gente común, pecadora y quebrantada, amada por Dios y llamada a ser suya. Tuvo que salvar a Belén y luego al resto del mundo, ¡incluso a Jerusalén!

Jerusalén fue el lugar donde Jesús fue traicionado, sufrió, murió y resucitó de entre los muertos. Pero para la primera venida de Dios al mundo como ser humano, Dios eligió a la pequeña Belén, un lugar tan humilde como las personas a las que vino a salvar.

Señor, gracias por elegirme para ser tuyo, a pesar de mi pequeñez e insignificancia. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te sientes inferior porque quienes te rodeaban son más importantes que tú?
- ¿Te ha usado Dios para hacer algo demasiado grande o importante para tí?
- ¿Por qué crees que a Dios le gusta usar lo más pequeño e insignificante para su obra?

Un dolor ordinario

En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías, cuya esposa, Elisabet, era descendiente de Aarón. Ambos eran íntegros delante de Dios y obedecían de manera irreprochable todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. Pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril y los dos eran ya muy ancianos. (Lucas 1:5-7)

El nacimiento de Jesús comienza con la historia de un dolor ordinario. Zacarías y Elisabet son un matrimonio mayor, personas comunes y respetables que aman y siguen al Señor. Pero en sus vidas hay una gran tristeza. Si bien Zacarías era un sacerdote en el templo de Dios, se les había negado la bendición que más deseaban: Elisabet nunca tuvo un hijo y ahora ya es demasiado tarde.

Lo más probable es que Zacarías y Elisabet no hayan hablado mucho sobre su tristeza. En esa época muchos atribuían la infertilidad a un castigo de Dios. Muchos también habrán chismorreado sobre ellos, tratando de averiguar qué maldad secreta condujo a esto.

Pero Dios escuchó y entendió. Y cuando llegó el momento de enviar a Jesús al mundo, no olvidó el dolor de esta pareja. Al contrario, los eligió a ellos ¡no a una familia más afortunada! para criar al niño que prepararía el camino para Jesús.

Nosotros también tenemos dolores ordinarios: la muerte de seres queridos, la pérdida del trabajo, quebranto en el hogar, la salud, el matrimonio y las amistades. Y a veces se siente como si Dios no nos prestara atención. Pero no es así. Él nos envía a su propio Hijo amado para que sea nuestro Salvador.

A través de su propio sufrimiento y muerte, Jesús nos da vida y esperanza. Y gracias a que Jesús está vivo de nuevo, ahora y para siempre, sabemos con certeza que un día, cuando Jesús regrese, Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos y “no habrá más muerte, ni más llanto, ni lamento ni dolor”. (Apocalipsis 21:4b)

Señor, te bendecimos por darnos a tu Hijo para cargar con nuestros dolores y tristezas. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo crees que se sentían Elisabet y Zacarías por no poder tener hijos?
- ¿Qué dolor ordinario has experimentado?
- ¿Cómo te ha ayudado el Señor con ese dolor?

¡Vamos!

Cuando los ángeles volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vayamos a Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha dado a conocer”. Así que fueron de prisa y hallaron a María y a José, y el niño estaba acostado en el pesebre. Al ver al niño, contaron lo que se les había dicho acerca de él. Todos los que estaban escuchando quedaron asombrados de lo que decían los pastores... Al volver los pastores, iban alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, pues todo había sucedido tal y como se les había dicho. (Lucas 2:15-18, 20)

Una vez que los ángeles se fueron, los pastores no lo pensaron demasiado. Dijeron “¡Vamos!”, salieron corriendo hacia Belén y comenzaron a buscar al niño. (¡Seguro habrán hecho algo de ruido por los callejones oscuros!) Y cuando encontraron a Jesús, se alegraron. Les contaron a todos lo que los ángeles les habían dicho, admiraron al bebé y se volvieron a sus ovejas alabando a Dios.

Los pastores no lo pensaron demasiado. Por lo que sabemos, no se preocuparon por despertar a las personas que dormían para preguntar por Jesús, y cuando lo encontraron no se quedaron esperando en la puerta, preguntándose si estaba bien entrar. Ellos simplemente fueron, lo visitaron, contaron su historia y se volvieron a casa.

Nosotros también podemos hacer eso, ¿no? Cuando hablamos con amigos o familiares que no son cristianos, no necesitamos pensar demasiado. Podemos simplemente orar y confiarle toda la situación a Dios, y luego decir lo que nos parece mejor o estar en silencio, sin preocuparnos de que vayamos a cometer un error y alejarlos más de Jesús. El Espíritu Santo se encargará de esas cosas. Él se preocupa por estas personas incluso más que nosotros. Después de todo, Jesús nació, murió y resucitó tanto para nosotros como para ellos.

Querido Señor, cuando sea el momento adecuado ayúdame a hablar de ti con naturalidad y sin preocuparme. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te sientes incómodo al mencionar a Jesús a las personas que te importan?
- ¿Por qué sí o por qué no?
- ¿Qué sucedería si pudieras dejar de preocuparte y unirte a la conversación?

La señal

Pero el ángel les dijo: “No teman, que les traigo una buena noticia, que será para todo el pueblo motivo de mucha alegría. Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Hallarán al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. (Lucas 2:10-12)

Las señales nos dicen cosas. ¿Cómo sabrían los pastores que habían encontrado al Salvador, a Cristo el Señor? ¿Cómo sabrían cuando habían encontrado al Mesías, el Santo, el Hijo del Dios viviente? Lo sabrían cuando vieran la señal: un bebé envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Es un contraste bastante sorprendente. ¿Por qué escogió Dios cosas tan humildes y humanas para destacar a su amado Hijo Jesús? ¿Por qué no una columna de fuego o un coro de ángeles cantándole a Jesús para hacerlo dormir? Eso hubiera sido algo más apropiado para su gloria.

Quizás Dios eligió esa señal porque es la clave de todo lo que Jesús vino a hacer: Él “se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:7-8).

El Hombre que daría su vida por la humanidad comenzó de la misma manera que el resto de la humanidad: un bebé envuelto en pañales acostado en un pesebre prestado. Así nos muestra lo mucho que nos ama.

Querido Señor, gracias por participar en mi humanidad para que yo pueda participar en tu vida y en tu gloria. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo crees que los pastores encontraron el camino hacia Jesús?
- ¿Crees que se sorprendieron por lo que encontraron?
- ¿Cuándo te ha sorprendido Dios dándose a conocer de una manera inesperada?

¿Qué dices?

En eso, un ángel del Señor se le apareció a Zacarías... Cuando Zacarías lo vio, se desconcertó y le sobrevino un gran temor; pero el ángel le dijo: “Zacarías, no tengas miedo, porque tu oración ha sido escuchada. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y tú le pondrás por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento, pues ante Dios será un hombre muy importante... Zacarías le preguntó al ángel: “¿Y cómo voy a saber que esto será así? ; Yo estoy ya muy viejo, y mi esposa es de edad avanzada!” (Lucas 1: 11a, 12-15a, 18)

A veces no es fácil comprender los tiempos de Dios. Zacarías y Elisabet habían orado por un hijo durante muchos años. Todos los meses esperaban, y todos los meses se decepcionaban. Cuando llegó la menopausia, pensaron que Dios les había dicho que no. Era hora de concentrarse en otras cosas y sacar lo mejor de una situación que nunca habían querido.

Pero de pronto, ¡les llega un bebé! El ángel da la noticia muy rápidamente: “Tu oración ha sido escuchada. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y tú le pondrás por nombre Juan”. Y, y, y, Zacarías todavía está tratando de entender eso del bebé, un bebé ¿ahora?

No es de extrañar que a Zacarías le tomara un tiempo asimilar la noticia. Y luego, las primeras palabras que salen de su boca son básicamente: “¿En serio? Pruébamelo.”

Mala reacción, Zacarías. Pero qué reacción tan humana. Porque, aunque sabemos que Dios es un Dios de sorpresas, nunca esperamos que nos sorprenda... así, enviando un bebé a una pareja en su vejez. ¡Enviando un bebé a una virgen! Enviándonos a Jesús, su propio Hijo, para ser ese bebé que viene a este mundo para enfrentarse al diablo y derrotarlo.

¿Quién envía un bebé para salvar el mundo? Dios lo hace. El Dios nuestro que nos ama y se da a sí mismo por nosotros.

Querido Señor, ayúdame a sobreponerme cuando traes sorpresas a mi vida. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez has cuidado a un recién nacido? ¿Cómo te fue?
- ¿De quién te compadeces más: de Zacarías, o del ángel?
- ¿Cuándo te ha sorprendido Dios?

Risa

El ángel le respondió: “Yo soy Gabriel, y estoy en presencia de Dios. He sido enviado a hablar contigo para comunicarte estas buenas noticias. Pero como no has creído mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo, ahora vas a quedarte mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda”. (Lucas 1:19-20)

Siempre me río cuando llego a esta parte de la historia. Zacarías exige pruebas de que Dios cumplirá su promesa, y el ángel más o menos pone los ojos en blanco, se señala a sí mismo y dice: “¡Hola! ¡Estás hablando con un ángel aquí mismo, ahora mismo, enviado por Dios! ¿Qué más necesitas? Pero quieres otra señal. Está bien. ¿Qué tal esto? Te quedarás callado por un tiempo. Aproximadamente ... nueve meses”.

La risa tiene un lugar en la historia de la Navidad, porque nuestro Dios es un Dios de sorpresas y también un Dios de misericordia. Cuando caemos en pecado y dudas Dios no nos ataca, sino que nos llama de regreso a Él. Cuando es necesario nos disciplina, pero lo hace por nuestro bien y para nuestra bendición. Debe haber sido difícil para Zacarías soportar el silencio durante nueve meses, pero ¡qué gozo tuvo al final!

Nosotros también caemos en el pecado y en la duda, y necesitamos que Dios nos llame de regreso a Él desde nuestras tinieblas. Es por eso por lo que Jesús vino: para encontrarnos y traernos de regreso con paciencia, amor y alegría, y restaurarnos a Dios el Padre. “Nuestra boca se llenará de risa; nuestra lengua rebosará de alabanzas. Entonces las naciones dirán: “¡El Señor ha hecho grandes cosas por éstos! Sí, el Señor hará grandes cosas por nosotros, y eso nos llenará de alegría”. (Salmo 126:2-3)

Gracias, Señor, por todas las grandes cosas que has hecho por mí. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez has “metido la pata”, como Zacarías?
- ¿Te sorprende pensar en Dios como un Dios de risa?
- Nombra una cosa grande que el Señor haya hecho por ti.

El Buen Pastor

En esa misma región había pastores que pasaban la noche en el campo cuidando a sus rebaños. Allí un ángel del Señor se les apareció, y el resplandor de la gloria del Señor los envolvió. Ellos se llenaron de temor. (Lucas 2:8-9)

Esa noche, los pastores estaban en el campo cuidando de sus ovejas. Las estaban protegiendo de los depredadores: leones, osos, lobos. Si era la temporada de parición, podrían haber estado ayudando a las ovejas en el parto. La protección y el cuidado era su trabajo.

Quizás esa es la razón por la que Dios los eligió, de entre todas las personas, para ser los primeros en escuchar la maravillosa noticia del nacimiento de Jesús. “No teman”, dice el ángel, “que les traigo una buena noticia, que será para todo el pueblo motivo de mucha alegría. Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:10b-11).

¿Quién es este Salvador, Cristo el Señor? Él es tu cuidador, quien te defiende y te ayuda cuando sufres. Él es tu Pastor, quien te protegerá de los poderes del mal. Él es Jesús, quien dará su vida para hacer de ti un hijo de Dios, y resucitará de entre los muertos para que puedas vivir para siempre.

¡Qué razón para celebrar!

Querido Señor, tú eres mi Buen Pastor. Mantenme contigo siempre. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuándo te has desempeñado como cuidador o protector?
- ¿Cuándo hubo alguien que te protegió o cuidó de ti?
- Comparte acerca de un momento en que Jesús actuó como un Buen Pastor para ti.

Dando lo mejor de sí mismo

Y allí tuvo a su hijo primogénito; y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en ese albergue. (Lucas 2:7)

Esta fue la introducción de Jesús al mundo: ser envuelto en pañales y acostado en un pesebre. María debió haber traído los pañales en su viaje desde Nazaret, empacados cuidadosamente para el día en que los necesitaría. El pesebre, por otro lado, era algo de última hora, un sustituto de la cuna que no tenían, lejos de casa como estaban.

Ambos elementos eran necesarios. Los pañales y mantas mantenían al bebé abrigado y firme para asegurarse de que creciera con extremidades rectas y fuertes, de acuerdo con el pensamiento del día. El pesebre mantuvo a Jesús a salvo del suelo, donde podría ser pisado o mordido por ratas.

Nada parecía gran cosa: unas tiras de tela y un cajón de comida para animales. Pero fue lo mejor que pudieron hacer María y José por el bebé que amaban. Y a los ojos humanos, Jesús mismo no parecía mucho, pero era lo mejor que Dios podía hacer por nosotros, las personas que él amaba.

Un pequeño bebé. ¿Es esta la forma en que Dios rescata al mundo? Sí. Porque este bebé crecería como el Hombre Jesucristo, que es Dios mismo que vive entre nosotros. Jesús pasó su vida cuidando, enseñando, curando, ayudando, y luego entregó su vida por nosotros, para vencer el poder del mal sobre nosotros y sobre todo el mundo. Cuando resucitó de entre los muertos destruyó el poder de la muerte, y ahora todo el que confía en él vivirá para siempre.

¡Mira cuánto nos ama Dios!

Querido Padre, gracias por darnos a Jesús, tu Hijo. Amén.

Para reflexionar

- Comparte sobre una ocasión en la que tuviste que improvisar para salir de una situación.
- ¿Cómo se preparan los miembros de tu familia o amigos para el nacimiento de un bebé?
- ¿Qué es lo mejor, además de Jesús, que Dios te ha dado? (Puede haber varias cosas mejores).

Una pausa tranquila

Cuando terminaron los días de su ministerio, Zacarías se fue a su casa. Días después, su esposa Elisabet quedó encinta y se recluyó en su casa durante cinco meses, pues decía: "El Señor ha actuado así conmigo para que ya no tenga nada de qué avergonzarme ante nadie". (Lucas 1:23-25)

Zacarías debió haberle dicho a su esposa lo que sucedió cuando llegó a casa. ¿Pero cómo, si estaba mudo? No lo sabemos. Probablemente por escrito. Sin embargo, sucedió: Elisabet supo que estaba embarazada mucho antes de que los signos más obvios de embarazo se presentaran en ella, y se escondió. Se quedó en casa tanto como pudo y no socializó ni siguió su rutina normal. ¿Por qué?

Ciertamente tenía mucho en qué pensar. Su vida estaba dando un vuelco. Nunca más volvería a sentir lástima por no poder tener un hijo. La casa demasiado silenciosa sonaría con el llanto de un bebé y, más tarde, con el ruido de un niño entrando y saliendo a las corridas. Ella misma tendría un montón de trabajo. ¡Los bebés no son fáciles!

Pero eso probablemente no era lo principal en su mente. Dios había dicho que su hijo sería quien prepararía el camino para el Señor. Eso no podía significar nada más que la venida del Mesías, que Dios estaba a punto de redimir a su pueblo del poder del mal, como lo había prometido hacía muchos años. ¡Qué maravilloso! Y el bebé de Elisabet sería parte de eso.

No se puede esconder un embarazo avanzado ni ocultar la obra de Dios en un nacimiento. Pero está bien dar un paso atrás y dejar que Dios haga lo que quiera con uno en privado, fuera de la vista, hasta el día en que lo haga público.

Querido Señor, haz lo que quieras conmigo, ya sea en privado o en público. Amén.

Para reflexionar

- Cuenta de un acontecimiento que le dio un vuelco a tu vida.
- ¿Dirías que tu vida es más que nada privada, o mayormente pública?
- ¿Qué haces mientras esperas que el Señor obre?

Tan ordinario

En el principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba con Dios, y Dios mismo era la Palabra. La Palabra estaba en el principio con Dios. Por ella fueron hechas todas las cosas. Sin ella nada fue hecho de lo que ha sido hecho. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad. La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. (Juan 1:1-5)

Seis meses después, Dios envió al ángel Gabriel a la ciudad galilea de Nazaret para ver a María, una virgen que estaba comprometida con José, un hombre que era descendiente de David (Lucas 1:26-27).

El contraste es atrapante. Por un lado tenemos a Jesús como la Palabra de Dios, Dios el Hijo quien vive desde la eternidad y hasta la eternidad. Y luego lo vemos dejando a un lado su gloria para convertirse en un embrión en el vientre de una joven en un pueblo pequeño en Galilea.

Cuando miro alrededor de mi escritorio, veo cosas muy ordinarias. Una planta en maceta en la ventana. Una pila de cuentas a pagar. Un par de zapatos olvidados en el suelo. El perro bostezando en un rincón. ¿Cómo puede ser que ese Dios grande y santo tenga interés en mi vida ordinaria?

Es casi imposible de creer; excepto que Él lo ha dicho, y Dios nunca miente. Pequeños y ordinarios como somos, le importamos. Él nos ha dicho: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3: 16a). “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19: 10). “Ustedes no me eligieron a mí. Más bien yo los elegí a ustedes” (Juan 15: 16a).

Dios realmente nos quiere, ¡te quiere a ti! Y es por eso que Jesús vino a salvarnos.

Señor, no puedo comprenderlo, pero sé que me amas. Ayúdame a confiar en ti. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te sientes incómodo cuando conoces a alguien más importante que tú?
- ¿Te cuesta creer que alguien te ame? Si es así, ¿cómo reaccionas?
- ¿Cómo te preparas este Adviento para recibir a tu gran Invitado?

Listo o no, ¡ahí voy!

Y mientras ellos se encontraban allí, se cumplió el tiempo de que ella diera a luz. (Lucas 2:6)

Cuando un bebé decide venir, viene, y es muy poco lo que se puede hacer para detenerlo. José debe haber estado frenético, tratando de encontrar un lugar donde su esposa pudiera dar a luz a su bebé. ¿Dónde habría suficiente espacio? ¿Quién los acogería? ¿Estaba limpio, era privado, había una partera cerca?

Lo más probable es que María estuviera más allá de esas preocupaciones. El dolor produce ese estado.

Las cosas estaban fuera de control. Excepto que, por supuesto, no lo estaban. Dios había planeado que Jesús naciera en Belén, y nada de esto lo sorprendió. Dios los estaba cuidando, no importaba lo aterradora que pudiera ser la situación. No estaban solos: Dios estaba con ellos.

Dios también está con nosotros cuando tenemos miedo y estamos confundidos. Aunque nosotros no lo sepamos, Él sabe lo que está haciendo. Él está cuidando de nosotros. Él nunca nos dejará ni nos abandonará. ¿Cómo podría abandonarnos, cuando él es Aquel que vino a salvarnos a través de un nacimiento tan impensado y aterrador como ese?

Querido Jesús, quédate conmigo y ayúdame cuando tenga miedo y no sepa lo que está pasando. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo fue tu nacimiento, tranquilo y planeado, o caótico?
- ¿Por qué crees que Dios eligió un nacimiento tan azaroso e incluso peligroso para Jesús?
- Cuando naciste en la fe cristiana, ¿fue tranquilo y bien planeado, o fue (humanamente hablando) azaroso y arriesgado?

Un tablero de ajedrez

Por esos días, Augusto César promulgó un edicto en el que ordenaba levantar un censo de todo el mundo... por lo que todos debían ir a su propio pueblo para inscribirse. Como José era descendiente de David y vivía en Nazaret, que era una ciudad de Galilea, tuvo que ir a Belén, la ciudad de David, que estaba en Judea, para inscribirse junto con María, que estaba desposada con él y se hallaba encinta. (Lucas 2:1, 3-5)

Esto me recuerda a un tablero de ajedrez gigante: las personas se mueven a través del Imperio Romano por orden de un emperador al que nunca habían visto, pero con poder de cambiar sus vidas. ¿Quién de ellos se habría dado cuenta de que el emperador mismo era un peón, la herramienta de Dios para llevar a su Hijo para que naciera en Belén?

Augusto César no era la persona más importante de esa historia. Él vivió y murió sin darse cuenta de que había una nueva persona entre sus súbditos: Dios mismo, nacido en la familia humana. ¡Imagínate perderse eso!

También es fácil para nosotros pasar por alto lo que Dios está haciendo en nuestras vidas. Claro, Dios no siempre anuncia lo que hará. Pueden pasar años antes de que veamos la mano de Dios en las cosas que nos están sucediendo en este momento.

Entonces, ¿qué hacemos? Lo que hizo José: manejar las tareas cotidianas que Dios nos pone enfrente, incluso si es tan aburrido como un censo. Dios se encargará del panorama general. En cuanto a nosotros, nuestros ojos están puestos en Jesús, nuestro Salvador. Él es nuestro Pastor y nos llevará a donde Dios quiere que estemos. Después de todo, ¡él nos ama tanto como para vivir, morir, y resucitar por nosotros!

Señor, cuando no pueda ver lo que estás haciendo con mi vida, ayúdame a confiar en que tú me diriges. Amén.

Para reflexionar

- ¿Sientes la necesidad de entender lo que sucede todo el tiempo?
- ¿Qué haces cuando tu vida no está como tú quisieras y no puedes saber lo que Dios está planeando?
- Cuéntanos de una situación en la cual no pudiste ver la mano de Dios en acción hasta mucho tiempo después.

¿Estoy en problemas?

El ángel entró en donde ella estaba y le dijo: “¡Salve, muy favorecida! El Señor está contigo.” Cuando ella escuchó estas palabras se sorprendió y se preguntaba qué clase de saludo era ése. El ángel le dijo: “María, no temas. Dios te ha concedido su gracia”. (Lucas 1:28-30)

María tuvo el mismo tipo de reacción que muchos de nosotros tenemos cuando una autoridad viene a vernos. En la escuela, el decano o el director dice: “¿Podrías pasar a mi oficina?” y nuestras preocupaciones se disparan desenfrenadamente. En el trabajo, el jefe principal dice: “Me gustaría tener una palabra con usted”, y nos preguntamos si esa palabra es “despedido”.

Eso es algo natural. No estamos acostumbrados a recibir buenas noticias de personas importantes. Conocemos nuestras fallas e inmediatamente pensamos “estoy en problemas”.

Pero no esta vez. El ángel tranquiliza a María: “No temas”, le dice, “Dios te ha concedido su gracia”. Dios no quiere culparte de nada. ¡Quiere darte algo!

Y ese algo es Jesús, el propio Hijo de Dios, el Salvador que nos ama. Dios nos está dando el mejor regalo de todos los tiempos, porque Jesús es quien quitará todo nuestro pecado, y todo el miedo y la culpa que ese pecado nos causa. A través de su vida, muerte y resurrección, él nos liberará de todas estas cosas malas y nos dará el gozo de ser hijos de Dios.

Ya no debemos tener miedo cuando Dios nos dice: “Me gustaría hablar contigo”. Podemos responder como hijos amados y decir: “¡Con mucho gusto!”

Querido Padre, ayúdame a alegrarme y a no tener miedo cuando me llamas, porque sé que en Jesús me has librado del mal. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo te sientes cuando los “altos mandos” de tu vida quieren hablar contigo?
- Cuenta de una ocasión en que esperabas problemas y en cambio obtuviste algo bueno.
- ¿Qué te hace sentir incómodo con Dios? ¿Qué te hace sentir cómodo con Él?

Por encima de nuestras cabezas

“Vas a quedar encinta, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre JESÚS. Éste será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.” Pero María le dijo al ángel: “¿Y esto cómo va a suceder? ¡Nunca he estado con un hombre!” (Lucas 1:31-34)

Es curioso el contraste entre lo que dice el ángel y lo que María asimila. El ángel habla sobre lo grande que será Jesús, cómo reinará para siempre y que será llamado Hijo del Altísimo. María escuchó claramente todo eso, ya que pudo contárselo a Lucas muchos años después para que él pudiera escribirlo. Pero en ese momento, solo podía hacer una pregunta: “¿Cómo?”

María era virgen y las vírgenes no tienen bebés. Y entonces tropezó con la primera frase: “Vas a quedar en cinta, y darás a luz un hijo”. Ella no entendió. Y entonces preguntó.

María hizo lo correcto. No se preocupó por parecer tonta por hacer una pregunta básica. No ocultó sus preocupaciones y las pensó más tarde. Ella preguntó. Y Dios respondió.

Tantas cosas en nuestra vida están por encima de nuestras cabezas. Dios envía algo nuevo y no sabemos cómo manejarlo. ¿Por qué no imitar a María y preguntarle? Es lo que la Biblia nos dice que hagamos: “Si alguno de ustedes requiere de sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios se la da a todos en abundancia y sin hacer ningún reproche” (Santiago 1:5). Dios es gentil y bondadoso con quienes se acercan a él como niños que piden ayuda. Después de todo, él es quien envió a su propio Hijo al mundo para convertirse en nuestro Salvador. El mismo Dios que trató a María con respeto, también nos tratará a nosotros con amorosa misericordia.

Querido Padre, cuando no entiendo, por favor ayúdame y guíame. Amén.

Para reflexionar

- ¿Te avergüenza hacer una pregunta básica? ¿Por qué sí o por qué no?
- Cuenta de alguien que es paciente con las preguntas de quienes no comprenden.
- ¿Qué cosa específica te gustaría pedirle a Dios?

Una vida descarrilada para ser de bendición

Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer, pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito. Y le puso por nombre JESÚS. (Mateo 1:24-25)

Piensa en cómo cambió la vida de José cuando se despertó. El día anterior había estado planeando una boda, después de la cual viviría con una esposa y sus hijos, tal vez en una casa pequeña, una carpintería, nietos, una vida tranquila y ordinaria hasta el día de su muerte. No suena para nada mal. Una vida pacífica y bendecida.

Pero ahora José es un hombre con una misión: cuidar del Hijo encarnado de Dios. Protegerlo a él y a su madre. Protegerlos de los chismes y la vergüenza pública. Satisfacer sus necesidades, incluso cuando el trabajo de parto comience lejos de casa. Burlar a un rey malvado. Encontrar una manera de apoyarlos en el lejano Egipto, viviendo como refugiados. Y luego, lentamente, con cuidado, en silencio, reinsertar a la familia en Galilea una vez más sin hacer ruido, sin atraer enemigos, y continuar criando al Mesías en un remanso olvidado del Imperio Romano. No pides mucho, ¿verdad, Dios?

Si pudiéramos preguntarle, dudo que José se hubiera quejado. Por difícil que fuera su nueva vida, obtuvo algo de valor incomparable: Jesús, el Hijo de Dios y su Salvador. Y eso es lo que nosotros también obtenemos cuando Dios nos reordena la vida. Puede ser difícil; puede implicar sufrimiento y pérdidas o frustraciones que nunca imaginamos. Pero, con todo eso, tenemos a Jesús. Jesús nunca nos deja solos, no importa lo difícil que se pongan las cosas. Él camina con nosotros y nos levanta cuando caemos. Y lo hace con manos llenas de cicatrices de clavos, manos que siempre nos recuerdan que nos ama tanto como para morir y resucitar por nosotros. Eso es suficiente.

Señor, cuando reorganices mi vida, ayúdame a confiar en ti. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuándo ha reorganizado Dios tu vida de una manera que no esperabas?
- ¿Cuál fue tu reacción emocional al cambio?
- ¿Cómo te ha ayudado Dios a lidiar con esos cambios?

Misericordia

María, la madre de Jesús, estaba comprometida con José, pero antes de unirse como esposos se encontró que ella había concebido del Espíritu Santo. José, su marido, era un hombre justo y quiso dejarla secretamente, pues no quería denigrarla. Mientras José reflexionaba al respecto, un ángel del Señor se le apareció en sueños. (Mateo 1:18b-20a)

José está sorprendido por la noticia de que su prometida está embarazada de otra persona. Entonces, ¿qué hace? Al parecer, se va a su casa, se acuesta en su cama y piensa. Al menos, eso es lo que podemos deducir del hecho que luego se duerme y ve a un ángel que le dice la verdad sobre María y la gloriosa noticia sobre Jesús.

Pero ¿cuántos hombres en su posición se hubieran enfurecido y gritado, dejando que todo el vecindario supiera la situación? ¿Cuántos habrían tomado una decisión rápida en ese mismo momento, para dolor de todos?

Sin embargo, José no es así. Él piensa y ora. Se toma el tiempo para considerar, no solo su propio futuro, sino el de María. José es un hombre justo y también misericordioso. Deja tiempo entre la noticia y la decisión. Y durante ese tiempo, Dios lo alcanza. José me recuerda a Dios Padre.

Porque Dios también tuvo malas noticias una vez y tuvo que considerar qué hacer al respecto. Sus amados seres humanos se habían rebelado contra él, habían escuchado al diablo, se habían quebrantado a sí mismos junto con su mundo. Y Dios respondió con misericordia. Envío a Jesús para que fuera uno de nosotros, un ser humano. Vivió con nosotros, nos sirvió y cuidó, y dio su vida por nosotros. A través de su muerte y resurrección, él nos devolvió a Dios el Padre, ya no rebeldes, sino ahora hijos amados.

Amado Señor, gracias por ser paciente y misericordioso con nosotros, porque nos amas. Amén.

Para reflexionar

- ¿Reaccionas de inmediato o te tomas tu tiempo para tomar una decisión?
- Cuando estás preocupado y confundido, ¿dónde buscas ayuda?
- ¿Por qué crees que Dios permitió que José luchara con esta noticia antes de decirle la verdad?

Misericordia no pedida

El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet, la que llamaban estéril, ha concebido un hijo en su vejez, y ya está en su sexto mes de embarazo. ¡Para Dios no hay nada imposible!” María dijo entonces: “Yo soy la sierva del Señor. ¡Cúmplase en mí lo que has dicho!” Y el ángel se fue de su presencia. (Lucas 1:35-38)

Qué interesante que Gabriel le dice a María que Elisabet está embarazada, y agrega: “¡Para Dios no hay nada imposible!” ¿Por qué hizo esto?

Por un par de razones. La primera fue la misericordia no pedida de Dios. María confió en Dios, y cuando él dijo que quedaría embarazada, supo que era cierto. Pero ella, sin experiencia, no iba a poder reconocer su embarazo hasta los primeros movimientos del bebé en su vientre. Y eso es mucho tiempo para andar solo por fe. Entonces Dios le dio a María lo que ella no pidió, algo concreto que sería una señal de que la promesa de Dios estaba en camino.

Pero Dios hizo más que eso. Sin duda María se estaría preguntando qué hacer a continuación. ¿Debería decirles a sus padres, debería hablar con José? Dios le resolvió ese problema sugiriéndole un lugar de refugio. Con Elisabet embarazada, María tenía una razón perfectamente sensata para irse de casa por un tiempo. Elisabet ciertamente necesitaría ayuda, y su visita le daría a María varios meses para acostumbrarse a su propio milagro. Cuando María regresara a casa, estaría mejor equipada para enfrentar los problemas que la aguardaban.

Este es el Dios que tenemos, que ve lo que necesitamos, incluso antes de que lo pidamos. Este es el Salvador que tenemos, que vino al mundo para rescatarnos del mal cuando ni siquiera sabíamos lo suficiente para pedirlo.

Señor, muéstrame siempre tu misericordia. Amén.

Para reflexionar

- ¿Conoces a alguien que sea famoso por adelantarse a resolver problemas?
- ¿Cuándo te resulta más difícil confiar en Dios? ¿Qué te ayuda entonces?
- ¿Cuándo te ha mostrado Dios misericordia, aunque no pensaste en pedirla?

¿Y ahora qué?

Y el ángel se fue de su presencia. (Lucas 1:38b)

El ángel se fue y ahora María tiene que afrontar el resto de su vida. ¡Qué interesante! ¡Qué abrumador! Nada volvería a ser igual. Espero y confío en que Dios le haya dado unos minutos a solas para acostumbrarse. No pudo haber sido fácil.

Los momentos como este también nos llegan, a veces momentos de alegría, a veces no. “Estás embarazada”, me dijeron, y yo estaba muy feliz. “Es cáncer”, dijeron, y nos llenamos de tristeza y temor.

¿Quién puede hacer frente a estos cambios? Cuando el ángel se va y nos quedamos para afrontar las cosas solos, ¿quién puede ayudarnos? Solo el Señor mismo.

El ángel Gabriel dejó a María, pero el Señor no. Dios se quedó con ella apoyándola y ayudándola a adaptarse a las noticias más extrañas y bendecidas de la historia. En algún momento, tal vez incluso ahí mismo, el Espíritu Santo estaba haciendo su obra, trayendo nueva vida a su vientre. Jesús mismo estaría con ella durante nueve meses, tan cerca como siempre lo está un ser humano de otro, desde una sola célula hasta un bebé a término, moviéndose, pataleando y viviendo.

El Señor tampoco nos abandona a nosotros. Cuando Dios nos hizo suyos, el Espíritu Santo vino a vivir en nosotros para siempre. Él es nuestro ayudador y consolador. Jesús mismo nos ha prometido: “Yo estaré con ustedes todos los días” (Mateo 28: 20b). También nos ha dicho que nadie puede arrebatarnos de las manos del Padre (ver Juan 10: 29).

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo está con nosotros para siempre. No nos dejará solos para afrontar los cambios de nuestra vida, incluso los más difíciles. El mismo Dios que vino a salvarnos, a morir y a resucitar por nosotros, no nos abandonará ahora. Él se quedará con nosotros y nos ayudará para siempre.

Querido Señor, quédate conmigo y ayúdame con los cambios en mi vida. Amén.

Para reflexionar

- En general, ¿te gustan los cambios? ¿Por qué sí o por qué no?
- ¿Qué cambios estás enfrentando ahora mismo?
- Cuenta de un momento en que Dios te ayudó a superar un cambio importante.

Muchos se alegrarán

Cuando se cumplió el tiempo, Elisabet dio a luz un hijo. Y cuando sus vecinos y parientes supieron que Dios le había mostrado su gran misericordia, se alegraron con ella. Al octavo día fueron para circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías. Pero su madre dijo: “No, va a llamarse Juan.” Le preguntaron: “¿Por qué? ¡No hay nadie en tu familia que se llame así!” Luego le preguntaron a su padre, por señas, qué nombre quería ponerle. Zacarías pidió una tablilla y escribió: “Su nombre es Juan.” Y todos se quedaron asombrados. En ese mismo instante, a Zacarías se le destrabó la lengua y comenzó a hablar y a bendecir a Dios. (Lucas 1:57-64)

¿Has notado que Zacarías no recupera la voz una vez que nace su hijo? Parece extraño. ¿Por qué Dios lo haría esperar más?

Veamos nuevamente lo que dice la promesa: “Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y tú le pondrás por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento... ahora vas a quedarte mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda” (Lucas 1:13b-14, 20b).

Entonces, nació un hijo, sí, y los padres se alegraron, sí. Pero “estas cosas” no se cumplieron por completo hasta que la comunidad se regocijó y el bebé se llamó oficialmente Juan (que significa “el Señor es misericordioso”).

Dios envió a Juan al mundo para hacer felices a Elisabet y Zacarías, pero no solo a ellos. Juan prepararía el camino para Jesús, nuestro Salvador, y eso hizo de Juan un regalo maravilloso y muy esperado para las muchas, muchas personas que estaban esperando que Dios las salvara. Jesús nunca estaba lejos de donde estaba Juan. ¡No es de extrañar que Zacarías (y muchos otros) alzarán la voz para celebrar!

Gracias, Señor, por enviar a Juan y luego a Jesús, nuestro maravilloso Salvador. Amén.

Para reflexionar

- Cuando eras niño, ¿qué esperabas con mucho anhelo?
- ¿Cuánta ansiedad te crea esperar por algo que deseas desesperadamente?
- ¿Crees que Zacarías se lamentó de su tiempo de silencio? ¿Por qué?

La gentileza de otros

María se quedó con Elisabet como tres meses, y después volvió a su casa. (Lucas 1:56)

Me pregunto si fue difícil para Elisabet depender tanto de María. Tres meses de buscar y transportar agua, de barrer y limpiar, porque es casi seguro que las tareas más difíciles recayeron sobre María. Elisabet estaba en los últimos tres meses y probablemente tenía sesenta años o más.

Me pregunto si fue difícil para María depender tanto de Elisabet. Después de todo, aunque eran parientes, Elisabet no era ni su madre ni su hermana. María pasó tres meses bajo su techo comiendo, pidiendo y recibiendo su consejo.

Para quien ha sido educado para ser independiente, puede ser difícil depender de la amabilidad de los demás, incluso de las personas cercanas, como amigos o familiares. Sin embargo, esta es la forma en que Dios quiere que vivamos. Como parte del cuerpo de Cristo somos interdependientes, nos demos cuenta o no. ¡No sería mala idea que nos acostumbráramos!

Quizás esta sea parte de la razón por la que Jesús vino a este mundo como un bebé diminuto, totalmente dependiente de su madre para obtener leche, calor y la vida misma. Dependiente de José para protección y provisión. Dependiente de la comunidad en general para muchas cosas: el refugio en el que nació, los caminos que recorrieron sus padres, la seguridad que encontró en Egipto como niño refugiado. Jesús sabe lo que significa ser dependiente.

Nosotros también sabemos lo que significa ser dependiente, porque somos total y felizmente dependientes de Jesús. Él es nuestro Salvador que murió para hacernos hijos de Dios. Él es nuestro Señor que resucitó de entre los muertos para darnos la vida eterna. Quizás, si hemos aprendido a depender de él directamente, también podemos aprender a depender de él, con su ayuda, a través de su pueblo.

Señor, cuando tenga problemas para aceptar ayuda, ¡ayúdame! Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué te resulta más fácil, dar ayuda o aceptarla?
- ¿Por qué crees que es así?
- Comparte sobre un momento en que Dios te bendijo con la ayuda de otra persona.

La promesa cumplida

Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria (la gloria que corresponde al unigénito del Padre), llena de gracia y de verdad ... Ciertamente de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo vio jamás; quien lo ha dado a conocer es el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre. (Juan 1:14, 16-18)

Después de tantos, tantos años, sucedió. Ocurrió en silencio, oculto dentro del cuerpo de una joven. Dios se convirtió en un ser humano, el más diminuto de los humanos, deslizándose silenciosamente en la historia de la humanidad sin fanfarrias ni reflectores. Pasarían nueve meses antes de que alguien viera su rostro.

María sería la primera en conocerlo. ¿Era activo o callado, bullicioso o tranquilo? ¿Pateó mucho? ¿Le gustaba el movimiento o el canto? ¿Cómo era Jesús antes de nacer?

María no nos dejó ningún registro. Pero hubo mucha gente que nos dijo cómo era Jesús después de su nacimiento y cómo es incluso hoy. “Lleno de gracia y de verdad”, dice Juan. “La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”.

¿Qué clase de persona es él? Es una persona llena de gracia. Es bondadoso y misericordioso, ama a quienes no son amados y da la bienvenida a quienes no son bienvenidos. Aunque es puro y santo, lo vemos dando la bienvenida a personas de mala reputación. Los niños pequeños se acercan a él. Los leprosos y los extranjeros reciben su atención y ayuda. Nadie es demasiado insignificante para él.

Él es la gracia que camina, habla y respira. Él es la gracia que muere y resucita. Él es Jesús, la imagen del Dios invisible, nuestro Salvador.

Querido Señor, gracias por tratarme con amor y gracia. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué piensas cuando escuchas la palabra “misericordioso”?
- Cuenta alguna ocasión en que alguien te mostró gracia, aunque no la merecías.
- Comparte sobre un momento específico en el que Dios te mostró su gracia.

Respondiéndole a Jesús

Por esos mismos días, María fue de prisa a una ciudad de Judá que estaba en las montañas. Al entrar en la casa de Zacarías, saludó a Elisabet. Y sucedió que, al oír Elisabet el saludo de María, la criatura saltó en su vientre y Elisabet recibió la plenitud del Espíritu Santo. Entonces ella exclamó a voz en cuello: "¡Bendita eres tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Cómo pudo sucederme que la madre de mi Señor venga a visitarme? ¡Tan pronto como escuché tu saludo, la criatura saltó de alegría en mi vientre!" (Lucas 1:39-44)

Todavía le faltan tres meses para nacer, y de repente, a través del Espíritu Santo, Juan se da cuenta de que está en la presencia de Jesús, su Salvador. Aún no puede caminar, ni hablar, ni siquiera ha nacido. Todo lo que puede hacer es saltar de alegría, ¡y eso es exactamente lo que hace!

Un bebé en el vientre está bastante limitado en lo que puede hacer para recibir a su Salvador. Nosotros también podemos estar limitados físicamente o de otras formas. Por ejemplo, yo no puedo arrodillarme para tomar la comunión. Mi discapacidad me lo impide. Un amigo mío no tiene automóvil y no puede llegar fácilmente a la iglesia. Otros viven entre no cristianos, lo que les dificulta adorar o reunirse con otros creyentes.

Es muy fácil deprimirse por las cosas que no podemos hacer, pero el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad. Él es quien le hizo saber al bebé Juan que Jesús estaba cerca, en el vientre de su madre. Él es quien creó la fe en ti, llevándote a conocer a Jesús, quien murió y resucitó por ti. Podemos confiar en que Dios el Espíritu Santo nos ayudará a seguir respondiendo con amor y gozo a Jesús nuestro Salvador, sin importar cuán limitadas se vuelvan nuestras circunstancias.

Querido Señor, muéstrame cómo amar y recibir a mi Salvador. Amén.

Para reflexionar

- ¿En qué forma específica has respondido al amor de Jesús esta semana?
- ¿Cuándo te has sentido indefenso y dependiente?
- ¿Cómo has visto al Señor obrando en ti, incluso en esos momentos?

Cantando de alegría

Entonces María dijo: "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Pues se ha dignado mirar a su humilde sierva, Y desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones. Grandes cosas ha hecho en mí el Poderoso; ¡Santo es su nombre! (Lucas 1:46-49)

Después de un viaje largo y difícil, María finalmente se iba a encontrar cara a cara con la única persona en el mundo con la que podía contar que iba a creerle: su prima Isabel. Y luego se enteró de que el Espíritu Santo ya le había traído la noticia; todas las explicaciones ya estaban hechas. ¿Qué podía hacer María sino cantar de alegría?

Hay momentos en los que Dios nos bendice tanto, que nuestro corazón se desborda de alegría. Como María, queremos cantar. Algunos cantamos, tengamos buena voz o no. Otros encontramos diferentes formas de expresar nuestro amor y felicidad: a través de la oración, a través de la acción, hablando con compañeros cristianos que comprenderán exactamente lo maravilloso que Dios ha sido con nosotros.

Es bueno que recordemos esos momentos de alegría. La oscuridad volverá pronto. Mientras cantaba, María todavía recordaba que Dios usaría a su Hijo para esparcir a los orgullosos y derribar a los poderosos. ¿Se dio plenamente cuenta de que Jesús haría esto a través de su muerte en la cruz? Tal vez no. O tal vez sí, si había entendido las profecías del Antiguo Testamento, en cuyo caso podría haber entendido también sobre la resurrección.

Pero para esos días oscuros María todavía tendría esto para recordar: el día en que tuvo la primera oportunidad de compartir sus buenas nuevas en toda su plenitud con alguien más atrapada en la misma bendición. Nosotros también tenemos eso: nuestro Bautismo, la Confirmación, momentos de Comunión, momentos especiales con nuestros hermanos cristianos. Gracias a Dios por esos momentos.

Señor, cuando esté angustiado, consuélame con el recordatorio de tus bendiciones y fortaléceme para esperar en ti. Amén.

Para reflexionar

- Nombra uno de los días más felices de tu vida.
- ¿Qué lo hizo tan maravilloso?
- Cuando estás preocupado, ¿qué bendiciones de Dios recuerdas?